

En defensa del estilo

Juan Meseguer

Para pensar bien, hay que aprender a pensar. (...) La condición básica que se requiere es amar la verdad, sea cual fuere el resultado que nos depare o la situación a la que nos conduzca. Amar la verdad, cueste lo que cueste, es el único sendero que nos aparta de los tópicos manidos, convencionales, y nos ayuda a librarnos de la sumisión.

ALEJANDRO LLANO

Los dictados de la moda

El pensamiento crítico es una de las facultades más apreciadas en nuestra época. Pensar de forma independiente —con ideas propias— es visto como un signo de inteligencia. Atrás queda la época del miedo, de la sumisión a los dogmas y a las censuras más irracionales. Somos libres para pensar lo que queramos, sin rendir cuentas a nadie. Y estamos dispuestos a defender esa conquista a fuego y espada. O al menos, eso creemos. La aspiración a pensar por nuestra cuenta está en la entraña misma de la modernidad. En un ensayo de 1784, Kant definió la Ilustración como «la libertad de hacer en todo momento uso público de la propia razón». Pero habría que preguntarse si de verdad hemos llegado a un estado de cosas que se le parezca. Estamos, es cierto, más sensibilizados con el problema. Presumimos de haber alcanzado la independencia de criterio, de haber dejado atrás las viejas tutelas, pero nos aterra hablar en público contra las opiniones de moda. Los dictados de *lo que está bien* en el ámbito de las ideas son tan poderosos que acaban cristalizando en una estructura de corrección política; en «una mentalidad dominante» que marca los patrones de lo «que hay que hacer, decir o pensar».

La adhesión incondicional a esa mentalidad hegemónica —cada época tiene la suya— es lo que determina si estamos o no «en el lado correcto de la historia», expresión que hoy se emplea para evitarse la molestia de justificar con razones las propias ideas y, de paso, para intentar zanjar los debates controvertidos. «Ya no hacen falta argumentos ni datos. Basta haber detectado la corriente profunda e irrefrenable por donde discurre nuestro tiempo. La mayoría social va por ahí, y si no la sigues te quedas en la zanja. Asegúrate de que estás en el equipo vencedor». Las nuevas ortodoxias —las diferentes corrientes intelectuales que han conseguido presentarse como las más respetables en la sociedad actual— comparten con las viejas su entusiasmo por los dogmas, los tabúes o las autoridades incontestables. Y triunfan a fuerza de excluir ciertos temas del debate social. Así ocurre, por ejemplo, en algunas universidades norteamericanas, donde los boicots en las ceremonias de graduación, la creación de *safe spaces* —espacios seguros en los que se garantiza que nadie va a oír ideas que puedan resultarles molestas— o la introducción de *trigger warnings* en los libros —señales de alerta que previenen de opiniones que pueden herir algunas susceptibilidades— impiden la libre confrontación de ideas.

La paradoja es que hoy la cancelación del debate se hace en nombre de la «aceptación universal». Para que nadie se sienta ofendido, retiramos de la circulación los puntos de vista impopulares o incómodos; es decir, los que chocan con la mentalidad dominante. Y en vez de hablar de censura, nos vanagloriamos de no pasar ni una a los «intolerantes»; esto es, a quienes cuestionan las ideas y

los sentimientos considerados correctos. A diferencia de lo que ocurría en otras épocas —el censor censuraba, y punto—, las ortodoxias contemporáneas han logrado hacer compatible la exclusión del discrepante con «la invocación ritual al respeto a la "diversidad" y a la "inclusión"».

Demasiado frágiles para tolerar

Un largo reportaje publicado en *The Atlantic* hacía eco del auge de esta tendencia en las universidades norteamericanas. «Un nuevo movimiento, de perfiles difusos y liderado en gran parte por los estudiantes, está emergiendo para barrer los campus de palabras, ideas y temas de debate que les hagan sentirse incómodos o que les ofendan».

A diferencia de la corriente de corrección política que estalló en EE.UU. durante las décadas 1980 y 1990, orientada sobre todo a favorecer a las minorías, la actual tiene por objetivo proteger «el bienestar emocional» de los estudiantes y evitarles cualquier «sufrimiento psicológico». Lo peligroso de este movimiento, tan dispuesto a presuponer la «extrema fragilidad de la mente universitaria», es que «pretende castigar a cualquiera que interfiera en su meta, aunque sea sin querer». Con su tendencia a la «protección vengativa», está contribuyendo a crear «una cultura en la que todo el mundo debe pensar dos veces antes de abrir la boca». La protección de los sentimientos de los estudiantes es un objetivo que choca de frente con el método socrático, cuya finalidad es espolear el sentido crítico a base de poner a la gente en crisis y de hacer que se planteen si las ideas que repiten son consistentes. «Este cuestionamiento a veces resulta incómodo e incluso frustrante». Justo lo contrario de lo que predicán los partidarios de convertir las universidades en lugares seguros y confortables. Pero la culpa no es solo de los estudiantes. Robby Soave llama la atención sobre la cruzada que han emprendido las autoridades académicas de la Universidad de California, en Berkeley, «para purgar del lenguaje corriente las palabras y expresiones que puedan resultar ofensivas». A principios de 2015, la rectora escribió una carta a los decanos de las facultades y a los responsables de las cátedras para animarlos a participar en unos cursos que pretendían reforzar el civismo en los campus. El objetivo es muy loable pero falta el sentido de la proporción, como revela un folleto empleado en un curso para ayudar a detectar microagresiones. Algunos ejemplos:

- Afirmar que «EE.UU. es un crisol de culturas» o que «solo hay una raza; la raza humana» es ofensivo porque «niega la importancia de la experiencia racial/étnica y de la historia de una persona de color».
- Decir que «EE.UU. es el país de las oportunidades» o que «en esta sociedad cualquiera puede prosperar si trabaja con esfuerzo» es sugerir que los más rezagados «son vagos y/o incompetentes».
- Reprochar a un asiático o a un hispano que sean silenciosos y pedirles que hablen más es pretender «que se asimilen a la cultura dominante».

Para evitar el estrés emocional de los estudiantes, cada vez más universidades norteamericanas abrazan la diversidad como valor estrella. La suposición es que si todos fuéramos más sensibles y respetuosos con las diferencias, habría menos *microagresiones* como las denunciadas por el folleto.

Pero en la raíz del problema no está la falta de diversidad sino la de tolerancia. La capacidad de tolerar al discrepante o al que es distinto ha sido siempre un signo de una robusta salud democrática. El problema es que hoy somos «demasiado frágiles para tolerar», en vez de refutar las palabras e ideas que nos incomodan, optamos por silenciarlas. El resultado —ahora si— es una sociedad menos diversa.

La espiral del silencio en la Red

Otro síntoma de que somos menos libres de lo que creemos es el miedo a expresar en público nuestras opiniones sobre asuntos polémicos, un problema acentuado por la dinámica que describió Elisabeth Noelle-Neuman en su libro *La espiral del silencio*.

Según esta autora, la gente trata de evitar el aislamiento cuando hay una controversia de valores. En estos debates, los que están convencidos de que sus puntos de vista son populares se expresan abiertamente y los defienden con entusiasmo, mientras que los que mantienen la posición contraria tienden a retirarse y callarse. Esta inhibición hace que la opinión con un apoyo explícito parezca más fuerte de lo que realmente es, y la otra más débil.

Así describe Noelle-Neuman el desenlace de esta dinámica: «Las observaciones realizadas en unos contextos se extendieron a otros e incitaron a la gente a proclamar sus opiniones o a "tragárselas" y mantenerse en silencio hasta que, en un proceso en espiral, un punto de vista llegó a dominar la escena pública y el otro desapareció de la conciencia pública al enmudecer sus partidarios».

La espiral del silencio encuentra un terreno fértil en las redes sociales, donde los mecanismos de recompensa (los botones «me gusta» y «me encanta» de Facebook o los *retuits*, menciones y favoritos de Twitter) pueden llevar a que algunas personas no expresen sus verdaderas ideas por miedo a molestar a sus seguidores. Así lo sugiere un informe del Pew Research Center, titulado «Social Media and the Spiral of Silence». Sus autores constatan que, en vez de favorecer la visibilidad de los puntos de vista minoritarios, las redes sociales tienden a reforzar los dominantes.

Pensar: la marca eres tú

Nos sustraemos a la cultura de moda cuando empezamos a pensar por nuestra cuenta, cuando nos habituamos a sacar nuestras propias conclusiones sin repetir mecánicamente las ideas más difundidas en nuestro entorno o en la sociedad. La disposición a preguntarnos por qué pensamos lo que pensamos, a cuestionar las afirmaciones que no se apoyan en buenas razones, a mantener abierto el entendimiento para que entre la información que habíamos pasado por alto, a no conformarnos con las versiones dudosas (ni con las establecidas sin demostración alguna) es lo que va forjando el **sentido crítico**. Podemos definirlo sencillamente como la capacidad de pensar bien; es decir, «de forma ajustada a la realidad» (Alfonso López Quintás) El sentido crítico nos lleva a prestar atención a la realidad, que es la referencia última con la que contrastar la verdad o la falsedad de las afirmaciones. La realidad es la piedra de toque para juzgar la calidad de los argumentos, para distinguir entre lo razonable y lo infundado de una postura. Pero el principio de obediencia a la realidad que se imponen los buenos pensadores no es un rodillo igualador. No formatea el carácter singular de cada forma de pensar; no estandariza ni encorseta en moldes, pues deja abundante espacio para los matices propios. Un campo de trigo siempre es un campo de trigo,

pero el agricultor que lo ha sembrado no lo verá igual que el veraneante ocioso ni que el pintor impresionista. La realidad concreta del observador —su vivencia personal— no cambia la verdad de las cosas, pero sí tiñe con tonalidades propias la forma en que es percibida. Hay una manera personal de juzgar la realidad, un criterio propio que depende de muchos factores: la personalidad, el sistema de creencias, los valores, el mundo afectivo, la formación, las lecturas, la evolución intelectual, las experiencias, las peculiaridades de cada entendimiento —más o menos analítico, más o menos intuitivo, etc.—, el ambiente cultural, el contexto histórico, etc. También son decisivos los hábitos mentales: no percibe la realidad del mismo modo quien está acostumbrado a reflexionar con calma y atención que quien lo hace precipitadamente.

Todos estos elementos forjan el estilo de pensamiento. Las posibilidades son infinitas: previsiblemente, un poeta reflexionará sobre la realidad de forma diferente a como lo hace un ingeniero; pero el estilo de pensamiento de un poeta acostumbrado a leer ensayos filosóficos sobre la nada diferirá también bastante del poeta que se atiborra a películas románticas; y aún en el caso de que los dos poetas de nuestro ejemplo fueran aficionados a las mismas lecturas y a las mismas películas, habría que ver cómo se posicionan ante ellas y cómo les influyen en función de otros tantos factores: su opinión sobre el autor del libro o el director de la película; su conocimiento sobre los temas que aborda; sus experiencias personales sobre esos asuntos.

En general, la forma de pensar de una persona nos dice algo sobre su modo de ser, sobre su identidad. Parafraseando lo que dice Oscar Wilde sobre la obra de arte, podríamos decir que un estilo de pensamiento «es el resultado singular de un temperamento único». La forma de pensar puede revelar más incluso que la propia visión del mundo, como sugiere el pensador colombiano Nicolás Gómez Dávila: «Lo que creemos nos une o nos separa menos que la manera de creerlo». En efecto, el fanático que se aferra histéricamente a unas ideas se distancia de quien mantiene esas mismas ideas de forma razonable y con espíritu abierto. En cambio, su fanatismo le acerca al que se adhiere con igual empecinamiento a unas ideas de signo contrario.